



TRABAJO FINAL DE GRADO

Virtualidad y psicoanálisis: el ciberespacio y la terapia analítica.

Nicole Baridón Machado 5.544.737-6

Tutor: Prof. Adj. Mag. Octavio Carrasco

Revisor: As. Mag. Marcelo Novas

Montevideo, 2022.

Resumen	pág 2
Introducción.....	pág 3
Primera parte: El cuerpo y su constitución virtual.....	pág 5
1.1 ¿Qué es la virtualidad?	pág 5
1.2 El estadio del espejo y la constitución del yo	pág 7
1.3 La imagen, el sujeto y el deseo.....	pág 10
Segunda parte: Psicoanálisis e internet	pág 17
2.1 Experiencias: Experiencia analítica y Posexperiencia.....	pág 17
2.2 Un caso clínico en la virtualidad	pág 23
2.3 Los dos mundos: el consultorio virtual	pág 32
Reflexiones finales.....	pág 36
Referencias bibliográficas.....	pág 41

Resumen: El siguiente ensayo pretende dar una visión crítica respecto a la virtualidad dentro del psicoanálisis y su praxis en la actualidad. Comenzando con un recorrido por la constitución virtual del cuerpo, a partir de las lecturas del estadio del espejo y el grafo del deseo. Las cuales habilitan a abordar tanto la constitución de un cuerpo virtual así como el papel que desempeña la imagen en los medios virtuales. A continuación se indaga sobre el quehacer del psicoanálisis a través de internet, problematizando en dicho quehacer los conceptos de experiencia y presencia, a partir del desenlace de un caso clínico, el cual permite abordar las singularidades de una práctica a través de la virtualidad. Además se suman recorridos y experiencias de diferentes analistas en la práctica virtual como insumo de otras trayectorias. A raíz de lo desarrollado se piensa la constitución del consultorio virtual, sus particularidades y desafíos en el desarrollo del mismo como medio que posibilita la terapia online.

Palabras claves: Psicoanálisis, Virtualidad, Ciberespacio, Terapia online.

Introducción:

El contexto nos forma a la vez que nos transforma por lo tanto pensarse en la irrupción digital es poder sumergirse en las lógicas que nos atraviesan y de las cuales somos parte. La tecnología, la virtualidad así como lo digital han pasado a ser en la actualidad un medio y modo de vida, el cual también nos concierne en la clínica. Precisamente problematizar la práctica psicoanalítica en la actualidad requiere posicionarse desde la irrupción digital, siendo este el tablero de juego en el que se encuentra inscripto nuestro quehacer, y el cual se está viendo modificado e interpelado. Puntualmente los discursos que proliferan respecto a la virtualidad se basan en una suerte de invasión de imágenes, que recorren las redes de internet desde las videollamadas a las redes sociales. Dónde pareciera que los cuerpos se suprimen por la virtualidad siendo parte y creando un “otro mundo” de lo digital con diferentes reglas a las de la realidad fáctica.

Dichas nociones que sostienen estos discursos son principalmente formuladas desde el desconocimiento y desde una premisa base que afirma, que la revolución tecnológica provocó una revolución mental, un cambio en el sujeto el cual nada ha hecho, solo ha recibido los efectos de algo que lo irrumpió. La revolución digital, no surgió de la nada o fue creada por un mal mayor, la revolución digital es un efecto de una revolución mental. Alessandro Baricco en el desarrollo de su libro *The game* (2019) aborda la misma noción. El autor plantea la existencia de un nuevo tipo de inteligencia, la cual ha sido la responsable de crear los ordenadores y todos los aparatos tecnológicos a los cuales la digitalidad le debe su expansión. Es a partir de una peculiar mutación mental que el sujeto se ha dotado de instrumentos para su modo de estar en el mundo y de producirlo. Por lo tanto hay que ir en búsqueda de esa inteligencia porque la misma, es la causante de la revolución digital. El nuevo sujeto no es el producido por el smartphone sino el que lo necesitó, diseñó y configuró para su propio uso y consumo. Aquel sujeto que lo inventó para escaparse o para responder a una pregunta. Hay que ir en búsqueda del deseo que provocó una revolución digital. (Baricco, 2019).

Al posicionarnos desde ésta mirada, respecto a cómo es entendida la génesis de la revolución digital, surge la necesidad de interrogarse sobre los conceptos claves que la misma implica. En primer lugar la virtualidad, es una noción que actualmente se encuentra muy presente en la cotidianidad de los discursos, pero muy poco cuestionamos lo que sugiere la misma. ¿Qué es la virtualidad? ¿Qué implica? ¿Lo virtual está solo enmarcado en lo tecnológico? ¿La virtualidad es una concepción ajena a lo humano? A partir de las

mismas surgen otras preguntas referidas puntualmente a lo visual y a las imágenes que se encuentran inmersas en la virtualidad: ¿Cuál es el papel de la imagen en lo virtual? ¿El otro en la virtualidad es solo una imagen? ¿Qué tanto de esas imágenes nos constituyen como sujetos?

A partir de las variadas problematizaciones se da lugar al primer apartado, indagando qué papel tiene la virtualidad, la imagen y lo imaginario en la constitución del yo así como su pertinencia en la idea de cuerpo con la cual se trabaja desde el psicoanálisis. La constitución virtual del cuerpo y la importancia de lo imaginario en el psiquismo humano representa un cambio de posición frente a la conceptualización de la virtualidad, desplegando su importancia hacia la conexión existente con lo humano; para, de ésta manera, abordar con una mirada más compleja el quehacer psicoanalítico mediado por la virtualidad. En este tipo de práctica se configuran cuestionamientos teóricos y prácticos, para analizar la posibilidad de hacer psicoanálisis a través de internet. Se busca problematizar la manera en que es entendido lo real del cuerpo, así como el valor y el significado que se le brinda a la presencia para el despliegue de una terapia online.

Puntualizamos de este modo los elementos primordiales, que desde nuestra lectura y recorrido formativo, nos permiten definir si el tipo de práctica que realizamos es psicoanálisis, independientemente del medio que se utilice para su praxis. De ésta forma se habilita a poder pensar de qué manera se puede utilizar a la virtualidad como una herramienta más para generar experiencia analítica. En dicha experiencia se busca reconocer los modos y medios para crear una praxis adecuada en las lógicas de la digitalidad. El psicoanálisis como práctica dentro de los medios digitalizados ha representado un gran desafío para los analistas que permite plasmar cómo frente a una irrupción contextual, siempre es pertinente pensarse desde la experiencia y la implicación.

A continuación se desplegarán los siguientes apartados intentando echar luz a las preguntas planteadas, y quizás posibilitando el surgimiento de otras interrogantes.

El cuerpo y su constitución virtual.

«Lo virtual posee una realidad plena, en tanto que virtual.»

Gilles Deleuze.

1.1 ¿Qué es la virtualidad?

El adjetivo “virtual” es un epíteto que acompaña a los grandes avances tecnológicos de nuestro tiempo. Es un referente de actualidad, que se encuentra con gran frecuencia desde una biblioteca virtual, hasta campus o bancos virtuales. Lo virtual está en la cotidianeidad de las áreas más comunes de la vida. A su vez y a pesar de su popularidad, la virtualidad es dueña de una cualidad que resulta difícil de definir fuera de las lógicas de la tecnología.

Las conceptualizaciones vinculadas únicamente a la tecnología terminan por reducir los variados significados que de la palabra virtual se desprenden, simplificando lo virtual a eso que circula en la red del ciberespacio, experimentándose sólo a través de lo online mediante algún aparato tecnológico que permita dicha experiencia.

Si lo virtual va más allá de esto, e implica un campo más grande y complejo que lo referido a lo tecnológico ¿qué es lo virtual? ¿dónde encontramos la virtualidad?

Remontémonos a la etimología de la palabra: “Virtual”, la misma procede del latín medieval «virtualis» y con ella influido del latín «virtus» que quiere decir poder o virtud.

En el estudio exhaustivo que Antoni Biosca (2009) realiza en su trabajo “Mil años de virtualidad” sobre la etimología de ésta palabra, marca cómo ha variado considerablemente a través de los siglos. Se trata de un sustantivo de significado complejo y su historia se remonta un milenio atrás, lo virtual era utilizado en sus primeras apariciones en el lenguaje escolástico particularmente en textos latinos medievales y era entendida como aquello que existe en potencia pero no en acto.

El término virtud del cual deriva la palabra virtual, resulta ser un sustantivo además derivado de vir: “varón”, “hombre” en el sentido exclusivamente masculino. Por lo tanto, *virtus* se asocia a la *virilidad*, lo que hace que el primer significado de *virtus*, sea referido a la masculinidad, cualidad por excelencia de ser varón.

A lo largo del paso del tiempo la palabra fue tomada y asociada a diferentes conceptos, desde Aristoteles hasta Tomás de Aquino. Pasando de una derivación a otra, Biosca (2009) delimita 3 significados de *virtus* en estas derivaciones: el valor, la virtud y la fuerza, los

cuales se despliegan a su vez al adjetivo del latín cristiano *virtuosus*, a pesar de que el uso más frecuente sea el “poseedor de virtud”. A lo que además se le suma el valor de *virtus* en el latín cristiano, aquel referido al poder divino donde *virtus* es entendido como milagro.

Conforme a lo mencionado se observa que el término *virtus* tiene una gran polisemia, por él puede entenderse a la (...) naturaleza humana de Cristo, a la robustez del cuerpo, al poder divino, al poder terrenal, al tipo de ángeles, a los evangelios, a los milagros, a los apóstoles o predicadores, al efecto, al vigor y a las virtudes” (Biosca 2009, p.17). Será en esta génesis desde la cual debemos pensar que el término virtualidad fue emergiendo.

Si somos un lector curioso y buscamos lo que hoy está admitido por la Real Academia Española respecto al término virtual, nos encontraremos con dos significados un tanto distintos; por un lado refiere aquello que es posible de ser realizado o alcanzado porque reúne las características necesarias. Y por otro, da cuenta de algo que existe de forma aparente y no es real. Si nos posicionamos desde la primera significación del término encontramos que resulta ser un estado de potencia, algo a ser realizado, y si a su vez le sumamos características de su etimología, en esta cierta potencia hay una suerte de poder, fuerza y virtud. Ya en la segunda afirmación hay una idea de oposición, lo virtual no es real.

En la última concepción se encuentra uno de los puntos más comunes en los cuales caemos al entender a aquello que llamamos virtual, sobre todo la virtualidad asociada a la tecnología, representa una de las posiciones desde las cuales se gestan ideas fatalistas respecto a cómo se entiende la virtualidad y lo que en ella ocurre. Lo virtual de ninguna manera es lo opuesto a lo real nos dice el filósofo de la información Pierre Lévy, sino “(...) una forma de ser fecunda y potente que favorece los procesos de creación, abre horizontes, cava pozos llenos de sentido bajo la superficialidad de la presencia física inmediata.” (Levy 2001, p.8). La semilla porta virtualmente al árbol que crecerá de ella, lo virtual no es la contracara de lo real sino de lo actual, porque la virtualidad y la actualidad son *dos maneras de ser diferente* (Levy, 2001).

Por lo tanto la virtualidad está presente en más escenarios que los tecnológicos y la misma implica particularidades en su forma de ser y estar, así como los vínculos que despliega con los espacios en los que se encuentra.

Es menester mencionar además que la virtualidad, partiendo de la disciplina psicoanalítica también tiene su lugar mucho antes de los aparatos tecnológicos o de la posibilidad de una terapia online. Encontramos virtualidad en el psiquismo humano, el cuerpo es una constitución virtual, aquel acto que va a fundar al yo como instancia psíquica

es meramente virtual. Frente a estas instancias que vinculan lo virtual con lo humano doy paso al siguiente apartado.

1.2 El estadio del espejo y la constitución del yo.

En el estadio del espejo, Lacan (1949) ofrece un modelo en el cual se observa la constitución del yo y su estructura específica. Abordando la manera en la que el niño/a entre los 6 y los 18 meses logra una identificación especular, que mostrará un destino alienante, donde el cuerpo será protagonista debido a la fragmentación corporal en la que se halla sumida la cenestesia del niño/a. Logrando el reconocimiento de su propio cuerpo, así como el reconocimiento del otro que permitirá a partir del intercambio con este, reconocer su deseo.

En lo que corresponde al desarrollo del estadio del espejo se encuentran dos puntos de apoyo fundamentales que Lacan toma para abordar su teoría, los aportes de la psicología evolutiva y los de la psicología comparada. Cita los trabajos y aportes de Wallon, Baldwin, y Bolk. La *“prueba del espejo”* la cual permite observar el comportamiento del niño/a en sus primeros meses, y la conceptualización de *“fetalización”* serán concepciones primordiales para la posterior propuesta que hace Lacan respecto al estadio del espejo. En esta proposición, Lacan basa su teoría en la observación de que el infans entre los 6 y los 18 primeros meses de vida reconoce su imagen en el espejo. Lacan, observa en este acto, que el reconocimiento va acompañado de una expresión jubilosa. En ese periodo el niño/a suele ser un lactante, y desde luego no coordina su cuerpo lo suficiente como para dominar su postura; sin embargo, si tiene un espejo cerca puede sentir interés como para gatear o arrastrarse hasta encontrar una posición que le permita obtener del espejo, lo que Lacan (1966) llama, una imagen instantánea de sí mismo. Lacan dirá que es la *matriz simbólica* en la cual el yo (je) se precipita de forma primordial “(...) antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto” (Lacan 1966, p.2)

En este accionar, Lacan va a señalar que lo esencial de su estadio del espejo, no es apelar en sí a la idea de un estadio o de un momento de desarrollo, sino al hecho de que se trata de una identificación formadora y constituyente del yo. De este modo resuelve un punto que había quedado inconcluso en la teoría freudiana, refiriéndose específicamente al texto freudiano *Introducción del Narcisismo* (1914), donde señala que el yo no se encuentra

formado desde el inicio, no hay una unidad comparable al yo, sin embargo lo que se encuentra al comienzo son pulsiones parciales autoeróticas, y el yo deberá desarrollarse a través de una nueva acción psíquica entre el autoerotismo y la relación de objeto. Sin embargo Freud nunca deja en claro cuál sería esta nueva acción psíquica. Frente a esto se encuentra la respuesta de Lacan, ubicando a la identificación especular como formadora del yo, pasando a ser una verdadera *imago*, tal como se la entiende en psicoanálisis, es decir, tan fundante como la imago materna y paterna.

Por lo tanto el despliegue que se da en el estadio del espejo representa un momento psíquico fundamental. La identificación primordial que se da aquí es definida por Lacan (1966) como la transformación que sufre el sujeto por la asunción de una imagen, identificación que configura la forma misma de la causalidad psíquica; ya que la asunción de dicha imagen brinda una unidad ortopédica. Sucede que en el estadio del espejo se pueden diferenciar tres momentos cruciales. El primero corresponde a una confusión, que se da entre el niño y la madre. Debido a este momento de la vida del infans, el mismo se encuentra sostenido y acompañado por su madre, la cual ve en el espejo a la vez que se ve a él mismo, pero aún no logra diferenciar quien es quien, solo ve sus reflejos. Será en un segundo momento en el cual el niño logra diferenciar la imagen del otro en el espejo, identificando a esa imagen como diferente, disocia la imagen del otro a la realidad de ese otro. Finalmente en un tercer momento el niño logra la identificación primordial, reconoce que en el espejo hay una imagen, siendo su propia imagen. Surgiendo aquí el momento en el que logra unificar su cuerpo, el cual antes percibía fragmentado, una fragmentación angustiante que pasa a completarse para iniciar una identificación con lo virtual. Se genera un reconocimiento imaginario a partir de una imagen exterior, siendo la primera alienación del individuo. Donde el sujeto no se logra identificar a sí mismo sino a través del espejo que le devuelve esa imagen de composición, la cual provocará la presencia de la imagen del cuerpo que desde este momento será parte del sujeto.

Por lo tanto el sujeto, se logra identificar con algo que es virtual, la imagen que el espejo le devuelve. Debido a razones ópticas el reconocimiento de sí mismo se da a partir de una exterioridad e inversamente. El reconocimiento prefigura así al sujeto de su enajenación imaginaria, de la que surge una ignorancia que nunca dejará de mantener consigo mismo. La alienación existente en esta identificación tiene que ver con lo que luego Lacan reconocerá como el *yo ideal*, por todas las características que la imagen de sí mismo brinda. El yo ideal es un lugar al que jamás se llega, ese lugar tras el espejo en donde todo lo que ocurre está en armonía, el cual no podrá alcanzarse por su propia condición de ideal.

El mismo, constituye el núcleo de todas las identificaciones que vendrán luego. Todo quien yo desee o ame, y mire con los mismos ojos que me mire en el espejo será colocado en la imagen alienante en la que se encuentra mi ideal del yo y mi cuerpo sin fragmentar. Es por eso que Lacan en *La Agresividad en Psicoanálisis* (1984) menciona que en el momento en donde al otro ya no lo amo sino que deseo agredirlo, está en la base de mi agresión el retorno a mi cuerpo fragmentado: en el momento en que ya no se sostiene la identificación con el otro, la imagen falla y se dan "(...) instintos de destrucción, y hasta de muerte, para explicar la relación evidente de la libido narcisista con la función enajenadora del yo [je], con la agresividad que se desprende de ella en toda relación con el otro" (Lacan 1966, p.4).

Lacan trabaja esta misma idea en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1960), conectándolo al grafo del deseo, que se desarrollará más adelante. Lacan (1960) plantea al abordar las partes del grafo, refiriéndose al punto de partida del mismo, desde la \$ a la llega del ideal del yo, que el sujeto es afectado por un *efecto de retroversión*, en el cual en cada etapa correspondiente al grafo "se convierte en lo que era antes y no se anuncia: habrá sido, sino en un futuro anterior"(p 768). En lo que se ancla un *desconocer, esencial al conocerme*. Todo de lo que el sujeto puede sentirse seguro es de esa retroversión, que viene a su encuentro la imagen anticipada que logró captar de su espejo. Siendo lo que el sujeto encuentra en esa imagen desencajada de su cuerpo un tinte de hostilidad que será proyectada en él, el avatar de la *imagen narcisista*, "por el efecto jubilatorio de su encuentro en el espejo, se convierte, en el enfrentamiento con el semejante, en el desahogo de la más íntima agresividad." (Lacan 1960. p.769)

De ésta forma el espejo en el que el infante con júbilo descubre su imagen dando unidad a su fragmentación inicial funda la ligazón afectiva al otro pero también la agresividad. Podemos decir que los espejos hoy en día se han multiplicado, en teléfonos móviles, computadoras, iPods, tablets, televisores, etc. Los cuales nos traen a los otros, objetos de amor y de odio a nuestro encuentro. Veremos más adelante cómo lidiamos con ello, cómo nos afecta y a la vez como nos constituyen estas pantallas/espejos que ya en otras formas, habitaban la constitución de nuestro psiquismo.

A grandes rasgos, esto es lo que corresponde al estadio del espejo. Haberlo introducido nos permite en primer lugar entender que la constitución del cuerpo surge desde una virtualidad, en la que el yo como instancia psíquica se encuentra inmerso. Además pone en escena el artefacto del espejo, el cual podemos pensarlo en la actualidad. Sumado

a que lo imaginario y la imagen resultan constituyentes al sujeto. En conclusión nos acerca a la idea de que la virtualidad también es parte de aquello que nos hace humanos.

1.3 La imagen, el sujeto y el deseo.

El estadio del espejo, nos permitió identificar desde la inauguración del yo, la constitución virtual del cuerpo. Por ende el cuerpo en su vertiente especular/imaginaria, es virtual. En la digitalidad por su parte, se suele identificar al cuerpo virtual, únicamente en aquellas imágenes en las que el cuerpo físico es proyectado o en aquellos avatares que se crean en el ciberespacio. Pero para el psicoanálisis, el cuerpo como se planteó, se constituye a partir de una imagen, y por lo tanto la denominación “cuerpo virtual”, resulta ser una redundancia ya que redobla innecesariamente la idea de virtualidad.

Si nos posicionamos en la actualidad, tomando a la acción psíquica que forma al yo en la lógica del estadio del espejo y desde los aparatos tecnológicos que proyectan también imágenes, se puede homologar la pantalla al espejo. Dentro de las acepciones de la pantalla, el espejo sirve para explorar el modo en que el cuerpo narcisista, constituido en la imagen especular, puede ponerse en juego en la experiencia virtual. Dando cuenta de que el cuerpo en su totalidad no se suprime en esta experiencia sino al contrario, con sus características virtuales se despliega en un “otro mundo” a partir de otros medios, que le permiten otras existencias. Desestabilizando de ésta manera el tan marcado dualismo de realidad/virtualidad. Desde el psicoanálisis por lo tanto no habrá en la experiencia virtual una línea que delimite la realidad de la virtualidad respecto al cuerpo, ya que el dualismo se mitiga al enfatizar que se trata de un mismo cuerpo en diferentes entornos.

Por otro lado, y en concordancia con lo mencionado en los ámbitos que refieren a lo virtual ubicados dentro del ciberespacio, la imagen es protagonista. Pareciera ser uno de los accesorios más atractivos y preponderantes que tiene la red. Historizando muy brevemente la evolución que fue tomando la cibernética, podemos encontrar que en sus inicios fue un gran acontecimiento el poder mensajear en tiempo real desde el anonimato, pero a medida que las redes sociales fueron tomando protagonismo la imagen se incorporó casi como estrella en cada una de éstas. Hoy en día las formas de relacionarse con otros siempre implica la imagen, desde las videollamadas utilizadas para diferentes ámbitos de la vida (trabajo, educación, reuniones de amigos/familia, terapia, etc) a redes sociales basadas únicamente en compartir y consumir imágenes, que no casualmente son las más populares y utilizadas cotidianamente.

Por ende parecería que la imagen en el “otro mundo”, provoca en nosotros los usuarios una cierta captura, quizá se vincule con esa captura inicial del espejo. Podemos afirmar en lo que va de este recorrido, que hay algo de lo imaginario en lo humano que no solo nos constituye sino que se actualiza en el devenir del lazo con el otro.

En el accionar cotidiano de éstas formas de habitar como sujetos deseantes lo digital aparece indudablemente la noción del deseo. No sólo ese deseo que mencionamos al inicio, el cual provocó una revolución digital, sino además el deseo que nos caracteriza como sujetos, e implica indiscutiblemente la relación con el otro. La cuestión del deseo, habilita a pensar cómo ciertas cuestiones psíquicas se exponen y se mezclan en el habitar la digitalidad. No siendo resultado de la misma, sino un a priori del “otro mundo”.

En primer lugar resulta pertinente, preguntarnos qué se entiende por deseo desde el psicoanálisis, para poder ver cómo este se juega en los entornos de lo digital.

“El deseo no es el apetito de satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de sustraer el primero de la segunda” (Lacan, 1981, p. 287). Por lo tanto el deseo es una diferencia, entre la sustracción del apetito de la satisfacción, a la demanda de amor. Para graficar mejor ésta idea, tomemos el ejemplo del pedido de un niño, al cual casi siempre el otro, al que se le está demandando algo, le exige que el pedido venga acompañado de: “por favor” o que sea reconocido con “gracias”. En el pedido: “Dame agua, por favor”, si restamos agua, queda “Por favor”. Queda solamente el deseo de reconocimiento.

Las máquinas por su parte, necesitan para responder correctamente a una demanda, la orden concisa, la dimensión humana es precisamente contraria. El humano, lo que necesita primeramente es el deseo de reconocimiento, en donde después puede venir o no la orden en los términos de la demanda. Porque la demanda es un pedido, pero en los términos del deseo lo que hay es puro reconocimiento.

En la idea de reconocimiento que aparece desprendida del deseo, es imperativo cuestionarnos qué sucede con esta dialéctica en los entornos digitales. Si pensamos en la imagen como una protagonista tanto en nuestro psiquismo como en las redes del ciberespacio, pareciera que las mismas denotan y configuran ciertas demandas y deseos. ¿No es acaso el reconocimiento del otro lo que buscamos? ¿No nos llenan de deseos esas imágenes que consumimos? Deseo, de tener y de ser. Pero frente a esto: ¿La imagen representa nuestra demanda?

Continuando con la conceptualización que realiza Lacan (1981) al respecto, encontramos en la dialéctica de la demanda y el deseo, que la misma refiere la situación inicial primitiva del niño/a con el primer Otro (Madre). En un principio dada la dependencia que tiene el niño/a con el primer Otro para satisfacer sus necesidades, los primeros deseos, las primeras necesidades del niño/a tienen que pasar a través del Otro y dependen de él. De ésta forma las necesidades sufren una transformación y se convierten en demandas, demandas de amor. Es la respuesta del Otro que frente a esas necesidades se inscribe como signo de amor. En el cual el Otro también satisface sus necesidades, por lo tanto se da una situación de dependencia recíproca entre el primer Otro y el niño/a. Ésta dependencia es tal que llegan a no distinguirse el Otro y el niño/a como entidades. Por lo tanto es necesario que aparezca el deseo insatisfecho para permitir una salida en esa captura. Lacan (1981) propone que dicha salida se produce cuando el sujeto se encuentra con *otro deseo*. Éste se le presenta al sujeto como el deseo del otro, deseo que es distinto de la demanda y que inaugura el más allá de la demanda. Dicho deseo produce un corte en la satisfacción recíproca y como tal produce una distinción, una separación entre el sujeto y el Otro. Lo que permite al sujeto constituirse como separado del otro y constituye al mismo tiempo un *otro real*.

El deseo del otro para que cumpla bien su función, es decir instaurar el más allá de la demanda y mantenerlo, el deseo, dice Lacan (1981) debe ser *un deseo tachado, un deseo insatisfecho*. Lo cual, indica que mientras exista un deseo insatisfecho va a marcar en el sujeto una carencia, una incompletud. En la misma el sujeto se encuentra barrado, castrado siendo esta condición lo que lo mantendrá deseante. A su vez el sujeto, el niño/a puede encontrarse con su deseo más allá de la demanda. Y por lo tanto "(...) el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro, no tanto porque el otro detenta las llaves del objeto deseado, sino porque su primer objeto es ser reconocido por el otro." (Lacan, 1981.p 253-254).

Es en el grafo del deseo, propuesto por Lacan, donde podemos ubicar a la demanda en relación al deseo, conjugada en la constitución especular del yo. En dicho grafo, el sujeto se encuentra con el deseo del Otro, en la operación de ser deseado por ese otro que lo libidiniza y lo introduce en el campo de lo simbólico. La necesidad frente al otro partirá de la fetalización propia del ser humano, siendo en el estadio del espejo donde se va a instaurar, como ya fue planteado, la constitución del yo (moi) el cual hallará su génesis en la imagen especular [(i) a]. Por la inmadurez estructural del sujeto, se dirigirá al Otro (A) al que le supone la completud, como quien logre satisfacer su necesidad por completo. Como ya se mencionó, el Otro es poseedor de una falta por lo que no logra satisfacer su demanda y es

a partir de ello que va a surgir el deseo como resto de la necesidad y la demanda. Por lo tanto el deseo va a implicar una falta, algo se va a satisfacer y algo no, lo que da lugar al surgimiento de la pulsión, como satisfacción parcial. Frente a esta falta, a ese resto que cae, se habilitará la posibilidad de preguntarse por el propio deseo, así como qué lugar se ocupa en el deseo del Otro.

Lacan (1960) plantea que cuando se trata de deseo, existe una *irreductibilidad* a la demanda, siendo lo que impide de igual manera reducirlo a la necesidad. Lo que indica que “el deseo sea articulado, es precisamente la razón de que no sea articulable.” (p. 765). El grafo servirá para exponer en qué sitio se encuentra el deseo respecto al sujeto, el cual estará definido por la articulación con el significante.

En esta completud que el sujeto le adjudica al lugar del Otro, en donde “el sujeto no se constituye sino sustrayéndose a ella y descompletándola esencialmente por deber a la vez contarse en ella y no llenar en ella otra función que la de falta.” (p.765). Será así como el sujeto se logra constituir, siendo desde el Otro del cual recibe el mensaje que emite. Lacan dirá que si se toma un significante como insignia de la omnipotencia presente, se tendrá “el trazo unario que, por colmar la marca invisible que el sujeto recibe del significante, aliena a ese sujeto en la identificación primera que forma el ideal del yo.” (Lacan, 1960, p. 768)

De esta manera retomando lo trabajado en el estadio del espejo, el sujeto va a encontrar en la imagen alterada de su cuerpo, el *paradigma* de las formas por las cuales identificará el mundo de los objetos, el mismo estará marcado de hostilidad “proyectando en él el avatar de la imagen narcisista” (p. 769). En el yo ideal, el yo se caracterizará con una función de dominio en la que se visualizará la rivalidad constitutiva. Siendo la captura imaginaria que enmascara la duplicidad en la que se asegura una *existencia innegable* (Lacan, 1960). En el proceso imaginario, la imagen especular se dirigirá a la constitución del yo por el “camino de la subjetivación por el significante” (p.770). En el grafo se logrará distinguir que el yo sólo se articula no como “Yo [Je] del discurso, sino como metonimia de su significación.” (p. 770). Viendo aquí como existe una acentuación engañosa de cierta transparencia del Yo a costa de la *opacidad del significante que lo determina*. (Lacan, 1960).

Volviendo al estatuto del deseo, este dice Lacan (1960) se presenta como autónomo en relación a la Ley, debido a que es por el deseo que se origina, la demanda de amor en la cual como se mencionó anteriormente “el sujeto permanece en la sujeción del Otro, para llevarlo a la potencia de la condición absoluta.” (p.774) Debido a la ganancia que obtiene sobre la angustia para con la necesidad. Aquí Lacan homologa lo dicho al *objeto*

transicional, “la hilacha de pañal, el trozo de cacharro amado que no se separa ya del labio, ni de la mano.” (Lacan, 1960, p. 774). Entendiendo al deseo como deseo del Otro, aparece la pregunta del Otro, que va a regresar al sujeto como eco, bajo el nombre de *¿Che vuoi? ¿qué me quiere?* Será esta pregunta la que conducirá al sujeto al camino de su propio deseo, siendo lo que en la estructura del grafo, identificamos como un piso sobrepuesto, con la forma de un signo de interrogación que dejará en el grafo una abertura. (Lacan, 1960).

Otra cuestión central es saber que en el grafo el deseo va estar regulado en el fantasma, entendiendo al mismo como “el “pañal”[étoffe] de ese Yo [Je] que se encuentra primordialmente reprimido, por no ser indicable sino en el fading de la enunciación” (p. 776). Esto será *homólogo* a lo que sucede con el yo respecto a la imagen del cuerpo, con la diferencia de que señala “la inversión de los desconocimientos en que se fundan respectivamente uno y otro. Así se cierra la vía imaginaria, (...) allí donde el inconsciente se estaba.” (p. 176). Lacan, continúa con una interrogación:

“¿no se ve acaso que el rasgo: parcial, subrayado con justicia en los objetos, no se aplica al hecho de que formen parte de un objeto total que sería el cuerpo, sino al de que no representan sino parcialmente la función que los produce?” (Lacan, 1960, p. 778)

El rasgo común que tendrán los objetos, será que no poseen imagen especular, por lo tanto no poseen alteridad. Siendo esto lo que les permite ser “*el paño*” o *el forro* con el cual el sujeto se considera, sujeto de la conciencia. Ya que el sujeto que cree poder tener acceso a él mismo, en el enunciado termina siendo un objeto. Ese objeto inaprensible en el espejo al cual la imagen va investir. (Lacan, 1960). A partir de aquí el grafo va a situar que en toda cadena significativa va a cerrar el círculo de su significación. Este efecto de enunciación del inconsciente ocurrirá en S (\bar{A}), significante de una falta en el Otro, el cual será inherente a su función, de ser el tesoro del significante. En la medida en que al Otro se le pide (*Che vuoi*), es decir que responda del valor de ese tesoro, en términos de pulsión. (Lacan, 1960)

A su vez el grafo plasma la pertinencia del complejo de castración, para la formulación del deseo. Lacan (1960) dirá que este complejo resultará ser el mayor resorte de la subversión, “el complejo de castración no puede ya ser ignorado por ningún pensamiento sobre el sujeto.” (p. 780). En el neurótico, ya sea *histérico, obsesivo o más radicalmente fóbico*, será el que identifique la falta del Otro con su demanda, tomando la demanda del Otro la función de objeto en su fantasma, por lo tanto su fantasma estará

reducido a la pulsión. El privilegio que le da el neurótico a la demanda, lo que hace en verdad es ocultar su angustia del deseo del Otro. En el fóbico por ejemplo la angustia se encontrará cubierta por el objeto fóbico, el obsesivo niega el deseo del Otro al formar su fantasma resaltando lo imposible del *desvanecimiento del sujeto*, y en el histérico el deseo sólo se mantendrá por la insatisfacción que obtiene por escabullirse como objeto (Lacan, 1960). Será entonces la castración imaginaria, que sufre el neurótico, el punto de partida de un *yo fuerte*, el que muchas veces se busca reforzar, aquello por lo cual el neurótico encubre la castración. “Lo que la experiencia analítica atestigua es que la castración es en todo caso lo que regula el deseo.” (Lacan, 1960, p. 786).

Una vez planteado lo anterior, podemos atestiguar que en el recorrido psíquico del sujeto, del cual el grafo del deseo es producto, encontramos como clave que el registro de lo imaginario es sumamente constitutivo del sujeto y será en la conjunción con el registro de lo simbólico donde el sujeto será marcado por la falta. Si el mismo quedara solo atrapado en la captura de lo imaginario, no existiría la posibilidad de un deseo como tal, porque se basaría únicamente en la satisfacción de la necesidad, que implica a su vez la no existencia del deseo del Otro.

En las lógicas del ciberespacio el sujeto podría quedar en una especie de bucle entre sus deseos del mundo fáctico y las posibilidades de producir y satisfacer ese deseo en la red, lo que lo llevaría a estar habitando continuamente una escena imaginaria narcisista de la cual quedaría alienado.

Es de conocimiento que en las lógicas de interacción en el ciberespacio, exista una exacerbación de la imagen, puntualmente de la imagen del yo ideal, poniendo en juego el narcisismo a prueba del mercado. Allí se encontrará una exacerbación del deseo, que busca la captura del otro. Lo que lleva a que el sujeto se encuentre continuamente en el lugar de objeto respondiendo pulsionalmente a la demanda en su completud, buscando ser el objeto pulsional del otro. Esto representa una problemática cuando necesariamente se debe ser sujeto, y la angustia invade. De igual manera la angustia surge cuando en el gran Otro aparece la falta, una falta en ese Otro que parecía tener todas respuestas, que tendría la cualidad de la completud. Podríamos pensar esto en el ciberespacio, si tomamos a Google como tesoro del significante, al que a diario le pedimos respuestas, podemos pensar si existe falta en ese Otro del ciberespacio o si ilusoriamente responde a la demanda en su completud.

Lo que corresponde a las redes sociales puntualmente, podríamos pensar que de la mano de la exacerbación del yo ideal, está el reforzamiento yoico lo cual busca evadir de alguna

manera la castración, quedando fascinados en el estado de omnipotencia yoica, donde en la imagen ofrecida a la mirada de los otros semejantes, se crea la posibilidad imaginaria de recuperar aquel estado perdido de aparente aceptación total y completa. Pareciera ser un “beneficio inconsciente” que encontramos al habitar estos lugares, que tanto nos atrapan.

¿Dónde queda el deseo si no hay castración? ¿Puede llegar a existir el sujeto como tal sin ella? Podríamos afirmar que el mundo fáctico, y nuestro propio cuerpo nos castran sin poder evitarlo, las necesidades básicas, biológicas del cuerpo siempre representan un corte, así como el mundo exterior. Podría ser interesante plantearnos qué sucedería con el sujeto si se llegara a habitar el ciberespacio en su completud, donde todo fuera virtual. El tan nombrado metaverso. Aquí claramente la cuestión cambiaría, pero actualmente, aún teniendo a los dos mundos en sincronía, podemos decir que por la manera en que el sujeto se comporta en el ciberespacio, necesita del mundo fáctico en el cual aún la mayoría de sus actividades y vínculos se encuentran. El sujeto se nutre del mundo fáctico, para así proyectar parte de su humanidad en el ciberespacio. En este último es posible observar la dinámica del deseo y la demanda del Otro, la idea de ser reconocido, el yo que es otro, la intimidad que resulta ser exterioridad, todo ello que es psíquico, lo encontramos en la red. Lo cual muestra que hemos logrado habitar una realidad aumentada, proyectando nuestra humanidad en otros mundos, otros espacios que tienen sus propias lógicas. Todos estos fenómenos psíquicos son aumentados en un escenario digital que luego muta y toma diferentes formas. No olvidemos que la invención de lo que conocemos como espacios virtuales fueron pensados y diseñados para satisfacer determinadas demandas y deseos nuestros, no de las máquinas. Por lo tanto, ¿no se ve acaso en estos espacios que hemos creado una realidad psíquica aumentada?

Psicoanálisis e Internet: La consulta online

*“Mejor que renuncie quien no pueda
unir a su horizonte la subjetividad de su época”
(Jacques Lacan, 1953)*

2.1 Experiencias:

Las experiencias son aquellas que nos llevan a crear teorías, las que nos brindan significancia de cómo el mundo está construido y de cómo se va modificando en los devenires de las épocas. En el siguiente apartado se tiene como objetivo poder pensar la práctica del psicoanálisis desde las redes de internet y el ciberespacio. En primer lugar se plantea un recorrido por dos conceptos: la experiencia analítica como pilar fundamental que sostiene la práctica y la posexperiencia siendo la misma una categorización para identificar aquella experiencia dentro del ciberespacio.

A continuación se plasmará una viñeta clínica en formato online, la cual permitirá pensar la construcción del consultorio virtual y el quehacer psicoanalítico a través de internet.

A su vez se abordaron entrevistas realizadas a psicoanalistas de diferentes países que trabajan desde internet como insumos para pensar y problematizar nuestra práctica. Las premisas que se desprenden de ello desplegarán las reglas de juego y los desafíos que implica trabajar desde el psicoanálisis en un contexto mediado por lo digital.

Experiencia analítica y Posexperiencia:

Cuando nos referimos a la experiencia analítica, se hace alusión a una experiencia de lenguaje, y el lenguaje en el análisis, es virtual, porque la palabra conlleva una realidad inmaterial, la virtualidad es un componente fundamental de la experiencia analítica. La misma tiene que ver con un encuentro, que se produce entre un analista y un analizante dentro de un marco externo e interno del que se desprende cierta vivencia, que resulta ser extraordinaria a cualquier otra. Dicho espacio es el escenario que habilita el despliegue de un análisis, sostenido en la transferencia. Para la constitución del mismo se hará referencia tanto al campo teórico como a la experiencia que lo interpela. Lo cual indica que aunque la experiencia está determinada por dicho campo, debido a las consecuencias que de la misma se desprenden, modifica el campo teórico del cual se sustenta.

Aquí se ve como la clínica implica una doble vertiente: la de la formalización y la de la experiencia en sí. Por ello Lacan (1974) dirá que el analista es al menos dos, el que produce efectos y el que a esos efectos los teoriza. La clínica implica la tensión entre teoría y práctica, de este modo se delimitan puntos de conflicto en donde se deja ver el valor de ciertos conceptos y la interrogación de otros, manteniendo una posición activa a la hora de producir experiencia analítica. Hay una retroalimentación y mutación de las condiciones que constituyen a dicha experiencia. Ésta es una característica a no olvidar en particular para adentrarnos en lo que será la constitución de un consultorio virtual que se desarrollará más adelante.

Por su parte, Mannoni (1986) plantea que Freud emprende su investigación marcada por su estilo propio. El trabajo que realiza con sus pacientes está inmerso en la búsqueda de *la verdad del sujeto*, continuando el mismo recorrido que tomó para sí mismo. Su efecto se nota no solo en los vínculos con sus pacientes “sino también en sus formulaciones teóricas sobre la singularidad de la experiencia analítica, que de hecho aparece, bajo una forma enmascarada, como una experiencia humana.” (Mannoni, 1986 p. 36)

En Freud, la experiencia analítica representa la singularidad llevada a sus límites, ya que se encontraba construyendo y verificando el análisis mismo. El análisis por lo tanto, es una experiencia de lo singular, adquiriendo una connotación verdaderamente única. Frente a esto Lacan, aclara que la experiencia que propone Freud:

“(…) no es para nada pre-conceptual. No es una experiencia pura. Es una experiencia verdaderamente estructurada por algo artificial que es la relación analítica, tal como la constituye la confesión que el sujeto hace al médico, y por lo que el médico hace con ella. Todo se elabora a partir de este modo operatorio primero” (Lacan, 1955).

Remarcando como la experiencia está basada en la relación analítica y el contexto en el que la misma se produce. A su vez en la producción de dicha experiencia también debe abordarse el quehacer propio del analista y el lugar que allí ocupa. Porque nuestra forma de dirigir un tratamiento será la que posibilite o dificulte la dirección de la cura. El analista puede favorecer el proceso de análisis pero también puede perjudicarlo, no solo con sus prejuicios o fantasmas, sino también cuando la teoría en sí impide la escucha, impide la producción de un otro, la producción que es efecto del saber propio del texto del paciente. Freud (1912) señaló que si uno se guía por la teoría solamente, corre el riesgo de no encontrar más de lo que ya sabe. Se trata de esta manera de priorizar la escucha abierta a la sorpresa.

Este tipo de experiencia por lo tanto remite a un encuentro que implica contingencia

así como el saldo y los avatares que se desprenden de dicho encuentro. Las características primordiales que tendrá serán las de un encuentro fortuito, contingente, que permite, en el mejor de los casos, tamizar una presentación subjetivamente angustiosa, a partir de la cual se puede intervenir tendiendo a favorecer otras modalidades menos dolorosas. La especificidad de esta experiencia, del camino que sugiere el análisis, propone qué sí en la clínica no se tomara la impronta de la singularidad no existiría una posibilidad de análisis y por lo tanto la posibilidad de vivenciar una experiencia analítica tampoco sería posible. De este modo, el psicoanálisis como método no se limita a la terapéutica únicamente sino que a través de un modo de lectura posibilita la aparición de aquello que de otro modo quedaría subsumido, enterrado, refiriéndose puntualmente al modo singular con el cual cada sujeto responde a los infortunios de la vida.

La experiencia analítica refiere a ir en búsqueda de un saber que no es sabido. Mannoni (1986) dirá que el análisis no le va a revelar al sujeto una verdad objetiva a éste sino como lo comprueba Freud en su práctica, será gracias al análisis que el sujeto pueda encontrar su lugar haciendo de una *verdad mítica* (más que objetiva) algo que pueda identificar como propio, “convirtiéndose así en sujeto de un discurso del que hasta entonces era objeto (..) signado por una verdad que reconoce como suya.” (p.37) Es por ello que

“(...) en este sentido es lícito hablar de deseo. ¿Pero deseo de qué? Lacan retoma esta cuestión para recordar que la experiencia introducida por Freud es “una nueva manera de escuchar al paciente” . En efecto, en el dominio de la experiencia analítica prevalecen los efectos del lenguaje y a ellos debe estar atento el analista.” (Mannoni 1986, pág. 38)

Por consiguiente, la experiencia que se da en análisis es una experiencia diferente a otras, una que se diferencia en gran medida de la conceptualización clásica que solemos tener de una experiencia, esta idea del conocimiento, de una práctica prolongada, de un acontecer entendido en términos de la realidad, de algo que brinda permanencia y consistencia. La experiencia en análisis por su parte y como se mencionó es una experiencia del lenguaje haciendo que esta implique una virtualidad, la misma virtualidad de la que veníamos hablando anteriormente. En clínica al producir una experiencia analítica con lo que se trabaja es con una operalización desde los significantes y no desde un cuerpo físico y sensorial solamente. Así mismo siempre hay que pensarla estrechamente vinculada con el contexto en el cual se despliega y con la singularidad que cada sujeto implica.

Las experiencias por lo tanto no siempre responden a una idea estática y firme de lo que implican, estas varían en sus contextos y sobre todo en los espacios que habitan. Baricco (2019) desarrolla la categorización que llama *posexperiencia*, la misma es el resultado de un recorrido analítico que el autor realiza. Parte de una falta, dice que de

alguna forma se está perdiendo la memoria de cierta vibración. Existe una carencia que sentimos, en cualquier objeto digital y por lo tanto en el mundo digital en sí, “es ese aliento, esa oscilación, esa irregularidad” (p. 170). Él la llama *una vibración*. (Baricco, 2019)

Frente a la pérdida de esta vibración, se cuestiona: “¿La hemos perdido para siempre? Quienes hoy tienen diez años ¿sabrán alguna vez qué es? ¿Estamos, colectivamente, perdiendo el recuerdo de ello? ¿Era lo que llamábamos alma?” (Baricco 2019, p. 170). Frente a estas interrogaciones identifica que esa vibración es el movimiento en el que la realidad se pone a repercutir, es el desenfoque en el que asume un sentido, es el impasse en el que la realidad produce misterio y representa por tanto el único lugar de cualquier experiencia auténtica. (Baricco, 2019)

Al mismo tiempo el autor se plantea cómo en los jóvenes la insurrección digital había empezado a encarnarse, a crear determinadas posiciones mentales. Desde su posición generacional le resulta difícil leer y comprender este suceso porque según él los jóvenes no hacen casi nada de lo que en su generación era necesario hacer para generar *experiencia, sentido e intensidad*. (p. 172). Aquí aparece una variante que será determinante en las posibles posiciones y lecturas para con la digitalidad y el tipo de experiencia que se da en ella. Hay un quiebre de perspectiva muy grande que es meramente generacional. Continuando con el pensar de Baricco (2019), en estos jóvenes a pesar de su distanciamiento generacional, logra ver en ellos cierta intensidad, una fuerza que al compararla con la que él recuerda haber tenido en su juventud, parece ser bastante más espectacular. Y frente a esto se cuestiona: “¿De dónde demonios procedía esa fuerza?” (p. 172). Siendo de este cuestionamiento y observación que el autor comienza a pensar que quizá la experiencia como él la conocía ya no se correspondía al tipo de experiencia que estaba sucediendo junto con la digitalidad.

En los jóvenes lograba verse el ejercicio de habitar lo digital, experiencia en la cual construyen y destruyen en una especie de retroacción. En donde se necesita la velocidad, la superficialidad y energía. La forma de estar en las cosas es un movimiento, es estar en muchos sitios simultáneamente. El autor plantea que

“Si has trabajado bien, entonces no te será difícil encontrar en tus pasos una especie de extraño efecto, una especie de modificación que altera el texto del mundo, que parece ponerlo de nuevo en movimiento: Como una especie de vibración. Mírate: es el alma: ha vuelto. He decidido llamar *Posexperiencia*.” (Baricco 2019, p. 174)

Es aquí en donde aparece la idea de una *posexperiencia*, entendiendo a ésta como la experiencia que podemos alcanzar utilizando las herramientas de la insurrección digital. Es

la experiencia hija de la superficialidad dice Baricco. La primera vez que se hizo visible fue en el fenómeno del multitasking, en él estaba inscrito el esquema dinámico al que la cultura digital debe esta idea de posexperiencia. La posexperiencia sería “la versión inteligente de la multitasking” (p. 233). En el accionar de hacer muchas cosas a la vez, de manera rápida y superficial que implica el multitasking se estaban “utilizando las semillas de experiencia (...) y las estaba cruzando y superponiendo para hacer madurar una vibración que, a largo plazo, restituiría el privilegio de una experiencia verdadera. Una posexperiencia.”(Baricco 2019, p.74/75). Así mismo y a pesar de la superficialidad que ésta implica, no es algo que simplemente sucede, en la posexperiencia hay que trabajar y el trabajo que conlleva es desestabilizante y para nada fácil. Porque como lo indica Baricco en esta experiencia “(...) lo pones todo en marcha. Cruzas. Relacionas. Superpones. Mezclas. Tienes a tu disposición células de realidad expuestas de una forma simple y rápidamente utilizable: pero no te detienes a utilizarlas, te pones a trabajarlas”. (Baricco 2019, p.173)

Por otro lado, el autor plantea que es necesario diferenciar la posexperiencia de lo que conocemos como experiencia, sobre todo la idea de experiencia que tenía el siglo XX. En primer lugar hay que alejarse de la idea opositora de superficialidad /profundidad, porque al final, la diferencia más grande que encuentra Baricco (2019) entre ambas es que la experiencia, como la entendía el siglo XX, era enteramente *plenitud, rotundidad, realización* y por el contrario la posexperiencia es *exploración, arrebató, es una pérdida de control y dispersión*.

“La experiencia tenía su propia estabilidad y comunicaba una sensación de firmeza, de permanencia del yo. La posexperiencia, por el contrario, es un movimiento, una huella, un cruce, y comunica esencialmente una sensación de falta de permanencia y de volatilidad: genera figuras que ni comienzan ni terminan, y nombres que se actualizan continuamente.”

(Baricco 2019, p. 177)

Debido a sus características la posexperiencia genera aversión. Lo que tiene mucho sentido, ya que es una experiencia que se da en la inconsistencia, en el desajuste, la alteración, la inestabilidad. Y son estas mismas características las que se convierten en el modo de crear sentido, de descubrir nuevamente esta vibración de la cual habla Baricco, aunque el coste sea estar en una constante inestabilidad y falta de permanencia. (Baricco, 2019). De esta manera el autor plantea que “la auténtica personalidad de la gente, se convierte en el resultado de una suma de presencias, en el mundo y en el ultramundo, que (...) suministran una última especie de identidad cambiante y móvil.” (p.186). Baricco dirá que nuestras presencias en el mundo digital se encuentran latentes de manera continua. Y menciona cómo aquello que en antaño se llamaba *vida verdadera*, aquello que hacemos en

el mundo y que remite a nuestras personalidades y nuestras presencias, están en un *taller abierto* de dimensiones notables y frente a esto habla de una humanidad aumentada. ¿Qué quiere decir con ello?

“que esperamos existir más, ser reconocidos, tal vez explicarnos mejor, sin duda alguna entendernos más, ser más evidentes a nosotros mismos. En el inmenso éxito de todo lo que es digital y social está inscrita la verdad fútil de que, abandonados en el misterio silencioso de lo que somos, tampoco es que vayamos muy lejos. Nos ayuda contar con testigos, nos ayuda poder existir bajo la mirada de los otros, nos ayuda el acto de llevar a la superficie fragmentos de lo que somos, nos ayuda hablar/mostrar/representar/dar forma: convertir retazos de ese misterio en objetos semovientes a los que echar a rodar sobre la superficie del mundo” (Baricco 2019, p.187).

Las redes sociales por ejemplo, el adn de las mismas no es constitutivo de nada que haya nacido ahí mismo, sino que representan algo que se sustrae de otros lugares y se aplica en el ciberespacio, en el *ultramundo* como lo llama Baricco. Por lo tanto, el hecho de que existan las redes sociales es la consecuencia de movimientos hechos en otra parte. En este tablero que pareciera estar regido por la superficialidad, la exposición, la volatilidad será donde se ponga en juego la posexperiencia, porque “la esencia de la experiencia había salido de sus guaridas subterráneas, eligiendo la superficie como su hábitat natural.” (Baricco 2019, p. 159). La posexperiencia es el movimiento por el cual a través de un ejercicio difícil se logra crear vivencia y sentido en el otro mundo.

Como se ha plasmado hasta entonces tanto la experiencia analítica como la posexperiencia resultan ser diferentes y extraordinarias a la experiencia entendida desde los ideales del siglo pasado, sus condiciones y maneras de producirse, logran despegarse de las determinantes que ésta establecía. Quizá represente una nueva manera de pensar la experiencia permitiendo problematizar la premisa que se encuentra latente, de que en el ciberespacio no se produce experiencia, por lo tanto los formatos virtuales no pueden producirla. La misma queda desdibujada y muchas veces pareciera que no tendría igual importancia, como una experiencia real, entendida esta última desde un cuerpo físico que conlleva cierta presencia en un espacio igualmente físico y compartido el cual pareciera brindar las condiciones necesarias para producir una experiencia verdadera. Como ya hemos visto la experiencia no necesariamente debe ser producida en estos términos y aun así sigue siendo una experiencia con sus efectos y producciones de sentido.

Si tomamos las principales características antes mencionadas, sobre la experiencia analítica, tenemos que el contexto y la singularidad serán cruciales. Si lo llevamos al

despliegue de una clínica actual, nos encontraremos que tanto pacientes como analistas por el momento socio histórico y contextual en el que vivimos, habitan lo digital de diferentes maneras, influenciadas en gran medida por la generación a la cual pertenecen. En este habitar se despliega la *posexperiencia*, que será vivenciada y en parte la experiencia en análisis estará influenciada por la misma. ¿Esto qué nos va a indicar? En primer lugar que las experiencias no pueden pensarse fuera del marco en el cual se producen, fuera de su tiempo y espacio. Así que su conceptualización no necesariamente debe ser inmutable, remitiendo únicamente a aquella experiencia que logramos identificar como tan definida, tan segura, tan estable, firme y permanente. Quizá tengamos que jugar un poco con una experiencia inestable, cambiante, azarosa como muchas veces lo es la propia experiencia de análisis que se inauguró incluso antes de que habitáramos lo digital.

Por lo tanto tenemos una experiencia que remite a los modos en los cuales creamos vivencias dentro del “otro mundo” de la red, la *posexperiencia*, y por el otro la experiencia analítica la cual se despliega en la clínica. Las mismas hoy día coexisten y se afectan una para con la otra, no es raro que algo de estas *posexperiencias* aparezcan en la clínica, o que muchas de las realidades psíquicas de cada sujeto aparezcan en la red. Ahora llevémoslo un poco más lejos ¿qué ocurre cuando la experiencia analítica es mediada por el “otro mundo”?

2.2 Un caso clínico en la virtualidad:

Para plasmar de una manera más precisa la conjunción de las experiencias mencionadas, resulta pertinente abordar lo que fue el desarrollo de un caso clínico realizado de principio a fin a través de la virtualidad. En el marco de la práctica de graduación: “Espacio Clínico Psicoanalítico” realizada en el anexo de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, en el año 2021 por vía virtual. El medio utilizado en dicha práctica fue la videollamada por whatsapp. Debido a la crisis sanitaria que aún transcurría en esos momentos, la virtualidad fue lo que permitió la realización de la práctica y lo que enmarcó además el tratamiento de análisis, por consiguiente había que conocer las reglas de juego de lo que esto significaba en la praxis.

El paciente a quien llamaremos Ramiro es un hombre joven de 30 años, quien consultaba por soledad, duelo e intento de autoeliminación; venía con una experiencia previa de análisis presencial no exitosa y con ciertos conflictos respecto a la escucha de su anterior analista. Pero con una certeza muy clara, sabía que necesitaba ayuda de un

espacio a donde pudiera traer estos “malos pensamientos” como él los llamaba, para que de alguna manera no terminará en el “peor escenario”, en la muerte.

Ramiro desde el primer encuentro se mostraba muy seguro de sí, con un discurso sólido, tan sólido como la forma en la que lograba identificarse a él mismo: “Soy super fuerte”. “Me autoexijo”, “Todo lo que hago debe ser de la mejor manera”. Esta exigencia con la cual se caracterizó se trasladaba también al compromiso que era para él, asistir al espacio de análisis. Nunca llegó tarde, nunca faltó a ninguna sesión, ni tuvo ningún inconveniente técnico respecto a la batería o internet, de igual manera siempre logró encontrar un espacio tranquilo y sereno en el cual tener la sesión. Las únicas dos veces en las que no se encontraba dispuesto en su lugar cotidiano sino acostado y con una luz tenue, fueron las sesiones más complejas en donde los pensamientos de autoeliminación y estados depresivos estaban muy presentes. De igual forma no canceló esas sesiones. Este compromiso fue fundamental para el despliegue de lo que fue el análisis en su totalidad.

Por mi parte como analista practicante también implicó un compromiso, pero sobre todo un compromiso de ocupar, mediante este medio virtual, el lugar y función de analista así como sostener la escucha pertinente. Me encontraba impartiendo mi labor mediado por la videollamada de whatsapp que implica entre otras cosas habitar una red social. Esto supuso pensar y replantear muchas cosas desde la técnica, así como desde la teoría. Concibiendo dicha experiencia como un lugar de ensayo y error frente al medio digitalizado propuesto, que implica ciertas consideraciones a la hora de utilizarlo. Ya que es un medio en el cual aún estamos habituándonos a la subjetividad que produce, tratando de hacerlo funcionar con el fin que nuestra labor imparte.

Con este caso puntualmente, que tenía como temas centrales pensamientos suicidas con historial de intentos, la soledad muy presente y conductas evitativas y aislantes para con los vínculos, en el comienzo de esta experiencia como analista apareció el desafío de la presencia; sentía una necesidad de reafirmar continuamente que estaba allí, una necesidad de participar, de poder, ya sea a través del discurso o de las interpretaciones, traspasar la pantalla. Esto en el ejercicio de sesión a sesión fue hallando su lugar para demostrar que hay otras cosas además de una presencia física que habilitan una buena escucha y lectura del texto del paciente. Para así posibilitar que la pantalla no sea un obstáculo sino un medio el cual no necesariamente hay que atravesar para ser presencia.

La virtualidad como ya se trabajó anteriormente no solo se encuentra en el psiquismo humano sino que además el despliegue del quehacer psicoanalítico es

meramente virtual. Por ello creo pertinente mencionar puntos claves en el desarrollo del caso clínico que servirán de argumento para afirmar que sí se puede realizar tratamientos psicoanalíticos a través de internet. Así como también es debido identificar qué cosas enmarcan tanto a la experiencia analítica, como las particularidades que hacen que sea psicoanálisis lo que estemos practicando y no otra cosa.

Cuando se busca construir un diálogo analítico, lo central es producir un diálogo no sobre cualquier cosa sino sobre el sujeto y no pura y exclusivamente del sufrimiento que lo trae sino por las condiciones, las situaciones que lo hacen consultar para producir aquello que en psicoanálisis llamamos demanda. Es pertinente marcar que los tiempos, son diversos, el tiempo no está acotado al síntoma, ese síntoma tiene en su centro una verdad a la cual hay que hacer hablar, verdad que es la verdad del inconsciente que el sujeto desconoce, se trata de un saber no sabido que hay que hacerlo hablar. Como lo menciona Lacan “Si llevamos al sujeto a alguna parte, es a un desciframiento que supone ya en el inconsciente esta clase de lógica: donde se reconoce por ejemplo una voz interrogativa, o incluso la marcha de una argumentación.” (Lacan 1960, p. 757). De esta estrategia, de hacer hablar y de presentarse auténticamente a un diálogo analítico; de esta estrategia un analista no es libre si se reconoce como tal. De lo que sí somos libres es de aquello que se puede entender como la táctica, es decir cómo se llega a los fines propuestos, el cómo se hace hablar, ahí lo que se destaca como punto de movimiento táctico, es la interpretación, interpretación que se enmarca como un acto.

Un acto en psicoanálisis hace referencia a aquella enunciación de significantes sea por el lado de la interpretación o sea por el lado del señalamiento del analista, que permite que el propio analizante haga su interpretación por ejemplo de su sueño, de sus síntomas o de su situación, son aquellos significantes que una vez establecidos escuchados y reconocidos cambian al sujeto, lo transforman, lo modifican y también modifican a su interlocutor. Este tipo de acto fue logrado en las sesiones con Ramiro, al relatar parte de su niñez, existía en su relato una discontinuidad, algo que cronológicamente no concordaba. Frente a esto, desde la ignorancia, surge mi pregunta como una escansión, como un corte en su relato. “¿Por qué no tuviste contacto con tu madre durante tanto tiempo de tu niñez?” a lo cual me responde: “Mi padre me dijo que mi mamá se había muerto”. Cuando se escucha al terminar la oración, sus ojos se agrandan, se produce un silencio, traga saliva y con su voz entrecortada que solía ser firme me dice: “Nunca se lo había contado a nadie, suena horrible”. Él se vio impactado al igual que yo al escuchar tan crudas palabras. Siendo a partir de este momento que se dio el primer y gran movimiento que permitió hablar y

conectar a Ramiro con el núcleo de su sufrimiento, el cual se remitía a la relación con su padre alcohólico; y al posterior fallecimiento de éste.

Ramiro logra reconstruir la escena de su infancia en la cual vio por última vez a su madre, recuerda una violenta discusión de sus padres en donde él se oculta en su cuarto con el fin de no escuchar los gritos y golpes, la discusión termina con la huida forzada de su madre de la casa y de la vida de Ramiro. La ausencia de la misma es resuelta por su padre y la familia de éste, con la muerte ficticia de la madre. Años más tarde esta madre logra legalmente solicitar la tenencia y la necesidad de visitas, él recuerda la extraña sensación de miedo y desconcierto cuando le desmienten la muerte de su madre y le comunican que la va a volver a ver. Lo que Ramiro pudo y quiso averiguar años más tarde, ya adolescente, es que su madre en ese transcurso había quedado en situación de calle, aislada de su hijo debido a una petición judicial por parte de su padre. La misma fue argumentada por incapacidad de cuidados debido a su salud mental. Años más tarde su padre le afirma que todo lo que hizo fue para protegerlo.

Una vez relatado este momento de su vida, en las consultas se hizo posible trabajar en las relaciones que pudo construir en su adolescencia y adultez para con sus progenitores. En su relato Ramiro es muy específico: Toda la semana vivía con su padre y los fines de semana con su mamá. La relación con su padre la describe como sin falta de lo material pero con falta de afecto: “Mi viejo era una persona muy dura”. Con su madre, cataloga al vínculo como excelente y en contraposición a su padre, ella no tenía mucho económicamente para brindarle pero afirma que hacían todo juntos. La recuerda con mucho amor. A pesar de todo, su padre fue la figura más presente en la vida de Ramiro, fue quien se encargó de forjar a este hijo en su casa, con sus reglas y con sus discursos los cuales a Ramiro hoy día aún le pesan, le han dejado lo que él logra llamar “un fantasma”, el fantasma del deber ser.

En lo que corresponde a la relación con su padre, a lo largo de las sesiones se identifica claramente una admiración, respeto e idolatría hacia él a pesar de todas las características negativas que el mismo Ramiro enumera, describiéndolo como una persona machista, violenta, alcohólica, infiel, soberbia. El modo por el cual Ramiro duele a su padre hace visible la necesidad de cierto reconocimiento paterno, a la vez de una falta de autonomía respecto a la figura de éste, ya que existía una alienación para con él (vivió siempre con él, estudió la misma carrera en construcción, trabajaban juntos en el mismo empleo, tenía problemas con las drogas y el alcohol, también logra describirse como soberbio e infiel) si

bien discursivamente Ramiro rechazaba estas particularidades de la persona de su padre, seguía sus pasos.

Su mamá falleció hace 8 años atrás por un accidente cardiovascular y su padre cumplía 5 años de fallecido en el momento en que estábamos en consulta, la causa de su muerte fue por cáncer. Ramiro describe la muerte de su mamá como dolorosa pero diferente a la de su padre, cuenta que él se encargó de todo, de la venta de sus cosas, del entierro, del alquiler del apartamento en el que vivía, logró resolver todo bastante rápido. La extraña y la recuerda con mucho amor. Pero con su padre fue diferente, aún no lograba después de años resolver que él no esté presente, en su ausencia Ramiro fue ocupando poco a poco el vacío que su padre dejó pero con una gran soledad, aislándose en su casa la cual iba a convertirse en su “mochila de carga” como él la denomina.

A partir de aquí se trabajó principalmente la relación con éste padre, cómo fue crecer a la sombra de un padre que parecía que nada de lo que hiciera le era suficiente; cómo pudo resolver la gran mentira respecto a lo que había sucedido con su madre, más que nada asociado a la ausencia, porque es a partir de la muerte del padre que se despierta la necesidad de interrogación de este suceso así como de muchos otros. En resumen Ramiro frente a la muerte de su padre queda a la deriva, quedó en un continuo “No sé qué hacer con mi vida”. Y es aquí que se observa como la muerte de su padre desencadena la aparición de las ideas e intentos de autoeliminación, que ya lo habían acompañado a lo largo de su vida, pero esta vez con mayor persistencia. A su vez en los momentos más depresivos donde Ramiro se aislaba, el significante ‘casa’ comenzó a repetirse, primero como una mochila de carga, luego como un espacio el cual arreglaba y cuidaba mucho, después como un refugio y finalmente como aquel espacio que era de su padre y él estaba ocupando, casi como un impostor. La casa se convirtió en esa figura paterna, esta construcción era nada más ni nada menos que la herencia que su padre le había dejado pero con ella también venían los recuerdos malos y buenos de toda su vida allí.

Sesión a sesión Ramiro va logrando a través de su relato conectar y trabajar con cosas que en el cotidiano, intentaba encubrir. Con la rutina diaria y frente a sus vínculos de amistad que por cierto eran muy buenos, se mostraba de una manera, nunca hablaba de problemáticas o sentimientos con nadie. En el espacio de consulta logró encontrar ese lugar solo para él, el cual le permitió ciertos cambios subjetivos. Por ejemplo en primer lugar pudo abrirse más con sus vínculos y acudir a ciertos amigos para hablar, desmontar la coraza que se había construido, lo que le permitió mejorar aún más sus relaciones de

amistad que eran la familia que ahora le quedaba. Poco a poco volvió a salir de esta casa, incluso por varios días, algo que no hacía hace años sin sentir culpa o miedo de que la casa había quedado desprotegida. A su vez pudo tomar la iniciativa de desarmar, con todo lo que ello implicó, la habitación de su padre la cual desde su fallecimiento estaba immaculada. Lo mismo ocurrió con otro sitio de la casa, el galpón, lugar donde estaba lleno de herramientas de construcción, todas de su padre, con las cuales resolvió hacer una venta de garage para deshacerse de las mismas. Ese día lo relataba con mucha alegría y con una sensación de liberación que a él mismo le sorprendía. Con cada accionar de Ramiro se producían efectos, desde esas primeras y crudas palabras que logró enunciar transformándolo, hasta estos movimientos meramente simbólicos que terminaron por ayudar a atravesar un duelo sin resolver que estaba consumiendo su propia vida.

Un acto en términos generales tiene que ver con esto, que acontecido y luego resignificado puede comprenderse como una transformación del sujeto y de lo que hace lazo con el otro. En esta dimensión el acto analítico sea en la situación azarosa del hallazgo, lo sorprendente de una palabra, lo deductivo de un sueño, lo incómodo de un lapsus permite que la táctica sea justamente el poder sostener esa atención flotante de tal manera que en su posición activa el sujeto pueda escuchar eso, que si no hay otro que lo acompañe en el diálogo no podrá escucharlo.

Como se puede observar en el transcurso del caso, la producción del paciente enmarcado en un trabajo en transferencia, posibilitó un cambio de posición del sujeto. Se dio un muy buen proceso con cambios significativos para la vida de Ramiro sobre todo en su posición frente a esta. Sin olvidarnos que el proceso se dio a través de las videollamadas de whatsapp. Con el fin de análisis, que se produjo debido a las limitaciones temporales de la práctica, se le consultó al paciente por la modalidad de las sesiones ya que en una anterior experiencia él había concurrido a terapia en consultorio presencial. La respuesta del analizante fue: "No lo había pensado, para mí fue algo tan valioso este espacio que nunca fue un inconveniente que sea por el celular". Frente a sus palabras reafirmé que el miedo a no estar presente había sido solo de mi parte y a pesar de la inexperiencia del campo y del medio por el cual se impartió la terapia, el paciente pudo hablar y ser escuchado. Siendo aquí donde radica la importancia de un cambio de método en el hacer psicoanálisis, de tener la capacidad de mutar frente a un contexto, como lo fue en este caso, que inhabilitaba el encuentro como lo conocíamos. Un encuentro que necesitaba del cuerpo físico y de una presencia que se conjuga con la idea de experiencia del siglo pasado, esa experiencia firme, constante la cual aseguraría la experiencia verdadera.

Una experiencia de análisis por su parte, puede desarrollarse fuera de esta rotundidad de la vieja experiencia porque implica una subjetividad que no depende meramente de que el medio por el cual se realice asegure una experiencia con estas características, sino la producción de un encuentro con el otro. Si producimos experiencia de análisis a través de un medio digitalizado que se caracteriza por el movimiento, la rapidez y la superficialidad, de la índole de la posexperiencia, es menester tener en cuenta que a pesar de ello, en el trabajo que conlleva la posexperiencia para producir sentido en las lógicas del devenir constante, se pueden producir otros tipos de experiencias como por ejemplo la experiencia de una cura por la palabra.

Siendo así, que la idea de presencia pasa a quedar interrogada en la modalidad on line. La presencia o bien no siempre fue la presencia de un cuerpo físico o en la teleconsulta la presencia toma otro significado. Pero entonces ¿por qué en el caso presentado apareció esa necesidad de exacerbar mi presencia? En primer lugar es una respuesta humana, tener miedo frente a lo desconocido, miedo a lo nuevo, a ocupar un lugar diferente al que la modalidad de hacer psicoanálisis acostumbra desde sus inicios, el encuentro con el otro desde la presencia física y compartida en un mismo espacio. Pero en segundo lugar aún tenemos un resto fantasmático de que aquella experiencia que se da a través y en lo virtual, es opuesto a lo real, a lo que es parte de nuestra la realidad, como si pudiéramos concebirla sin el campo de lo imaginario.

Por lo tanto y como efecto del recorrido que hemos realizado hasta el momento, la virtualidad ha sido considerada como lo opuesto a lo real, aunque sabemos que desde su etimología la virtualidad implica muchas otras cosas y ninguna de ellas de esta índole. Pero en el imaginario social aún se tiene el resto de que lo virtual pertenece a otro campo, diferente al de la realidad tal y como la conocemos. La idea opositora a lo real surge en la medida que la virtualidad es asociada únicamente a la revolución de lo digital, ya que al no poder entender ni explicar qué ocurría allí, lo que correspondía al “otro mundo” fue homologado a la fantasía y a lo imaginario, por entenderse como aparente y no tangible. Lo que llevó a que la experiencia como era entendida tiempo atrás no pudiera articularse con los modos de estar y ser dentro del ciberespacio, así que por lo tanto no podía darse una experiencia real en la virtualidad. Con la idea que fantásticamente nos habita, no es curioso que al pensar tener que trabajar con un paciente desde un formato digital aparezca la oposición o incluso la incomodidad de no poder impartir una labor de esta manera.

Para pensar aún mejor esta idea, rescato las palabras del psicoanalista argentino Juan Manuel Martínez, quien trabaja hace mucho tiempo con y desde internet haciendo psicoanálisis. En el despliegue de una entrevista mencionaba:

“Por ejemplo hay un corte teórico importantísimo que plantean algunos y es la idea de lo real del cuerpo para sostener que no se puede hacer psicoanálisis por internet. Pero ese aspecto teórico no está en Lacan ni en Freud ahí cambia la cuestión. Que quiero decir con esto, si vos crees que el núcleo está en el problema de lo real del cuerpo del paciente, obviamente vas a necesitar lo real del cuerpo para trabajar pero si vos pensás que el problema es un problema de articulación de significantes, de términos de significantes que se asocian entre sí, te da lo mismo si está el cuerpo físico presente o no.” (J. Martínez, 2022, p. 7)

Aquí J. Martínez nos trae cómo la experiencia de análisis no necesita del cuerpo real ni de la presencia física, porque si nos corremos de ese lugar en el cual lo importante es lo real del cuerpo, o de pensar a la virtualidad como aquello que no es real, la imposibilidad la estamos anteponiendo. Continúa con este pensamiento y afirma que “el verdadero problema no es atender virtualmente sino qué significa presencia.” (J. Martínez, 2022) El objetivo estaría en lograr resolver que la presencia ya no signifique solamente poner el cuerpo físico en un lugar. Por lo tanto esta idea aparece como un obstáculo para el despliegue del psicoanálisis a través de internet conectándose con la experiencia, porque el problema está en la experiencia.

“¿solamente se vive lo que se vive a través del cuerpo? ¡Esa es la pregunta! (...) Una de las muchas personas que se enojó con lo que yo planteaba me decía este ejemplo, para pensarlo en términos de The game. Esta persona me decía: ¿qué significa ir a Italia? Ir a Italia es ir con el cuerpo, tomarte un avión y llegar a tal país, no es meterte a google maps y ver Italia por ahí. En esto se ve muy claro como ellos determinan la experiencia a vivirla con el cuerpo en el sentido sensible, en lo que todos mis sentidos pueden percibir. Llevándolo al psicoanálisis es como si fuera una experiencia sensorial y no una experiencia racional por ejemplo o de significantes.” (J. Martínez 2022, p. 7)

Por lo tanto la presencia, así como la experiencia, son conceptos claves para descentrarnos de estas premisas para habilitar repensarnos en la práctica psicoanalítica atravesada por lo digital. Si nos detenemos en la presencia como indica J. Martínez (2022), tomando como ejemplo a los medios virtuales cuando por desperfectos de comunicación no logran brindar una sesión nítida y estable, ya que la transmisión no siempre es óptima aparece la pregunta: ¿Estás ahí? Esta cuestión que parece estar ligada a las dificultades que pueden darse a través de un medio virtual, también suelen ocurrir cuando nos encontramos dialogando con otro en la presencialidad, y en verdad el otro no está allí en

términos de pensamiento ni de escucha. Por lo tanto aunque su cuerpo esté presente aparece la ausencia a pesar de que se esté compartiendo un lugar físico y espacialmente.

Si tomamos las palabras de Neruda, “me gusta cuando callas porque estás como ausente”, podemos interpretar estas palabras como algo que se podría decirle al analista frente a la situación en la cual éste quiere suplir su ausencia de cuerpo, exacerbar la presencia como mencionaba anteriormente, sería una forma de pedirle que debe de alguna manera ausentar la presencia de la persona del analista.

Con esto podemos visualizar el deslizamiento semántico del término presencia, que se desliza hacia el término persona. Esto lo encontramos primero en Freud (1912) en su artículo sobre la dinámica de la transferencia en donde plantea que cuando las asociaciones libres de un paciente cesan siempre puede vencerse tal agotamiento asegurándole que se halla bajo el dominio de una ocurrencia referente a la persona del médico. (Freud, 1912). Por otro lado Lacan (1954) que no solo habla de la persona de Freud sino que al referirse a este párrafo sobre la dinámica de la transferencia vuelve diciendo que cuando el paciente calla es muy probable que su silencio se deba a la aparición de algún pensamiento referido al analista. Además indica que se da un fenómeno infinitamente más puro en donde el sujeto se interrumpe cuando está dispuesto a formular algo de lo más auténtico, “el sujeto se interrumpe y emite un enunciado que puede ser éste: Súbitamente me doy cuenta de su presencia.” (Lacan 1954, p. 70). Entonces ese fenómeno tiene que ver con la manifestación de la resistencia, “el sujeto mismo siente en esa resistencia un viraje brusco un giro súbito que le hace pasar de una vertiente a otra del discurso, de un acento a otro de la función de la palabra” (Lacan, 1954, p. 71).

Esto es lo que Freud define para ubicar la transferencia, como una falsa vía como un falso enlace. En el momento en que iba a decir una palabra “comprometida” o plena, el discurso toma una falsa vía y se ocupa en pensar en la persona del analista. Para Freud esta resistencia, en la lectura de Lacan, es la actualización de la persona del analista.

Entonces hay aquí una cuestión ligada a la presencia que no es otra cosa que la sensación de la presencia de la persona. Siendo un sentimiento que no experimentamos constantemente. Es decir, no sería fácil vivir en todo momento si tuviéramos el sentimiento de la presencia, esto vale tanto para la presencia del analista en cuerpo: como puede ser la respiración, una tos, un movimiento actuando como mirada que llama al analizante a preguntarse algo respecto al analista.

Efectivamente nosotros en sí no tenemos la sensación permanente de la presencia de nuestro cuerpo, esta presencia aparece cuando hay algo que irrumpe ya sea por el lado de lo que no funciona bien, aparición de palpitations, agitación de la respiración por ejemplo o cuando aparece una dolencia. Además aparece la sensación de la presencia del cuerpo cuando tenemos apetencias (orales, anales, sexuales) convocadas por otros objetos que son tanto la voz como la mirada. Una voz puede convocar a un apetito “está lista la comida” apetito oral, “tengo ganas de verte ” apetito sexual, lo mismo ocurre con la mirada. En la práctica del análisis los objetos llamados pregenitales es decir el objeto anal y oral están excluidos en el análisis. Porque para nuestra práctica sólo funcionan el objeto voz y el objeto mirada. En nuestra labor se opera con la voz y la mirada.

Entonces en este sentido cabe plantearnos la situación, que en un análisis online tenemos la posibilidad de desplegar un quehacer con estos dos objetos, la voz y la mirada. Entendiendo a esta última no como imagen solamente, aunque la misma se puede soportar en la imagen sabemos que no es únicamente eso. Por lo tanto la cuestión de la presencia que se reduce fundamentalmente en nuestra práctica, a la voz, en la cual está inscrita también la dimensión de la mirada, nos acerca a la etimología de la palabra persona, que es la máscara. En el teatro griego los actores portaban una máscara y la máscara tenía como función indicar al espectador que clase de personaje hablaba: una máscara sonriente era un personaje cómico, una máscara triste era un personaje de tragedia. A nadie le importaba el estado de ánimo del actor, de aquel que se encuentra detrás de esa máscara. Entonces aquel que habla presta su voz a la máscara que anima, esto tiene su importancia en el análisis y es rápidamente comprensible en el hecho de que al referirnos al analista si bien se puede preguntar cómo está, cómo le va, no deja de ser un regla de cortesía y una cuestión de amabilidad. Ya que para el sujeto del análisis la persona del analista, el cuerpo, la vida y los padeceres de éste no cuentan, aparecen estas cuestiones cuando por ejemplo el analista suspende una sesión, se lo ve demacrado, tiene un accidente, un embarazo etc. Es en estos momentos cuando uno toma noticia de la persona del analista pero lo que al analizante le importa es que esa voz siga siendo animada por esa máscara.

Cuando Freud habla de que el analista debe ser un espejo inerte o un espejo vacío como lo llama Lacan, hace alusión a que el analista debe reflejar en ese espejo la máscara que le es endilgada en la transferencia. Porque el analizante entrega en transferencia, proyecta en transferencia, sede en transferencia ese objeto que funcionara en el analista como máscara. Lacan lo dice del siguiente modo en la dirección de la cura y los principios de su poder, “esa interpretación, si él la da, va a ser recibida como proveniente de la persona que la transferencia supone que es” (Lacan, 1958, p.565) es decir, lo que el analista dice es

recibido por el analizante desde el lugar de la transferencia que el analista ocupa, es semblante de objeto a, ese objeto es la máscara que es entregada al analista para que la porte en la transferencia, ese ¿estás ahí?, es ese ¿estás ahí con esa máscara? porque es esa máscara la que en la neurosis de transferencia puede propiciar la intervención del analista. Algo así como un espejo enmascarado.

La angustia, tal como Lacan (1962) la trabaja, es no poder enterarnos en el sentimiento de angustia que tipo de máscara tenemos para el otro, esto lo vemos en el ejemplo que Lacan aporta de la mantis religiosa, no sabemos qué máscara portamos para el otro y eso es la angustia. La máscara también tiene que ver con el enamoramiento, necesariamente el amor de transferencia comienza con el enamoramiento y este tiene que ver justamente con la función de la máscara, en donde el analizante debe enceguecer, es decir cerrar los ojos para poder proyectar en el analista esa máscara que el analista tiene que portar, remarcando que no es un vínculo de yo a yo lo que ocurre en análisis.

Si tomamos la frase de Cortázar en rayuela por ejemplo: “para verte como quería tenía que empezar por cerrar los ojos”, podemos interpretar aquí que esta entrega ciertamente a ciegas es lo primero del enamoramiento, para poder investir al otro de ciertas cualidades que lo harán objeto de mi fantasma, necesito que las otras cualidades de ese objeto estén fuera de consideración para la mirada. Esta es la manera más imaginaria de ver la presencia que es la caída de la máscara y la aparición de la presencia del analista.

Posteriormente en Lacan (1987) podemos visualizar otra formulación de la presencia, la presencia del analista como testigo ¿testigo de qué?. El analista es testigo de algo muy preciso y es ese momento en el cual la transferencia entra a jugar de un modo muy especial que es la resistencia. Lacan ya había definido a la transferencia como la puesta en acto de la realidad del inconsciente y junto a esto va a decir que abordó el inconsciente sin poder separarlo de la presencia del analista. Por lo tanto la presencia del analista es una manifestación del inconsciente, cada vez que el inconsciente se pone en juego hay presencia del analista.

La presencia del analista como testigo tiene que ver con ser testigo de una pérdida, la pérdida que representa el campo freudiano, entendiendo que el inconsciente tiene la cualidad de abrirse y cerrarse, frente al cierre del inconsciente es que aparece esta presencia del analista. El cierre del inconsciente coincide con una dimensión de la presencia que no tiene que ver con el cuerpo, con la presencia del cuerpo, sino con que el analista esté ahí como testigo de ese cierre del inconsciente. Ya que el único que puede leerlo es

aquel que está concernido en dicho cierre. Siendo esta la dimensión simbólica de la presencia del analista.

Ambas dimensiones podemos comprobar que pueden funcionar en un análisis de formato virtual, porque lo faltante a través de este medio sería la dimensión física del cuerpo y como se vio esta no es necesaria para ninguna de las dos presencias. A lo que aquí corresponde falta una tercera dimensión: la presencia en lo real, el analista en cuerpo real. Es aquí en donde surgen más preguntas acerca de qué sucede con esta dimensión mediante lo online y según mi lectura es por la cual se niega que puedan realizarse procesos totalmente de forma virtual desde el inicio hasta el fin de análisis.

Sobre la dimensión real de la presencia del cuerpo del analista, Lacan (1972) respecto a esto plantea, sobre las entrevistas preliminares que las mismas son un tiempo de confrontación de los cuerpos porque no se sabe que cuerpo goza, cada vez que hay un cuerpo gozante está supuesto otro cuerpo gozante, Lacan dice que cuando se instala la transferencia ya no es ocasión de la confrontación del cuerpo. Esto corresponde a la base que confirmaba que una vez iniciado un proceso presencial podía continuar virtualmente, porque se había dado esa confrontación de los cuerpos que propicia la transferencia, pero aquí surge nuevamente la cuestión ¿Qué sucede cuando se inicia y termina de manera virtual?

Frente a esto y argumentándome en el caso clínico presentado, todos aquellos caracteres que se desprenden del cuerpo físico del analista y de las manifestaciones sensoriales que con este se dan, en la virtualidad juegan de otra manera, no se suprimen y las mismas responden a que en la transferencia se juega un papel importante de la mirada y la voz, las cuales están presentes en cualquier formato, y que hacen de una presencia real del analista la cual ninguna máquina por sí sola podrá suplir. En mi lectura entiendo que la presencia a la cual se debe apelar para que un análisis pueda iniciar y terminar a través de la digitalidad, no tiene que ver con la idea ligada al cuerpo físico del analista, que se asocia a lo real de ese cuerpo, sino con la presencia del analista en relación al goce del fantasma de transferencia.

Entiendo que esto supone posicionarse desde una lectura más compleja y abarcativa de lo que implica presencia y experiencia como traté de esbozar a lo largo del recorrido, lo cual permite la constitución de un espacio propicio a que se desplieguen y se logren considerar todos estos fenómenos que requiere el hacer psicoanálisis, aunque sea modificando todas aquellas premisas que constituyeron durante mucho tiempo el modo con el cual ejecutarlo.

2.3 Los dos mundos: El consultorio virtual:

Si tuviéramos que pensar en un lugar donde el “otro mundo” del ciberespacio y el de la realidad de cada sujeto convergen, el espacio de la teleconsulta sería uno. El hacer psicoanálisis por internet representa la creación de un consultorio diferente, el cual estará construido con dos realidades fácticas, la del analizante y la del analista, y se le sumará el medio virtual que implica el encuentro con el “otro mundo” digital. En los destellos del choque de estos mundos encontraremos la clave para desplegar una clínica virtual.

Surge como necesidad lograr encontrar un medio que contenga lo necesario, para el despliegue de lo que hasta entonces conocíamos como el dispositivo de análisis en consultorio, un espacio que enmarque la experiencia analítica sin ser un lugar físico que contenga dicha experiencia apostando a una escucha creativa desde la no presencialidad. En mi experiencia y en la mayoría de los analistas la necesidad surge por la irrupción de la pandemia y consecuentemente a esta el aislamiento de los cuerpos y el distanciamiento social. Gomez (2021) en su artículo trae esta particularidad donde si bien, ya anteriormente se optaba por utilizar este medio o más comúnmente la llamada telefónica eran casos muy puntuales, como el cambio de residencia, enfermedades limitantes, viajes, etc. Pero con la pandemia, a nivel mundial se tuvo que optar por mudar el consultorio a la virtualidad, lo que conlleva a un doble desafío: afrontar lo que la pandemia como fenómeno en sí provocó en la vida de los sujetos y el poder seguir sosteniendo la atención a pesar de la distancia en un momento donde la angustia y la incertidumbre desbordaba. Debido a esto, tanto pacientes como analistas se encontraban “atravesados por el mismo real” (p. 86). Por lo tanto se tuvieron que mover piezas de ambos lados, los analistas debieron repensar la clínica para seguir sosteniéndola y los pacientes debieron ceder parte de su cotidianidad para que esto fuera posible, “pusieron a prueba su creatividad para inventar lugares de intimidad en sus hogares. (...) Algunos análisis transcurrieron durante caminatas, en el auto o, si el espacio era reducido, en el baño a puertas cerradas.” (Gomez, 2021, p. 89)

Había una necesidad de poder continuar con los tratamientos o bien como indica Gomez, estar abiertos a nuevos espacios de *escucha*, *contención* y *apoyo*. El nuevo encuadre terapéutico funcionó en ese momento como una protección tanto para los pacientes como para los analistas. Gomez (2021) aborda lo que Puget y Wender (1982), trabajan como “mundos superpuestos” para comprender la noción de estar atravesados por un mismo contexto, una realidad *externa común*, esto puede representar una problemática por el

hecho de que puede darse una perturbación del quehacer psicoanalítico, donde surgen ciertas interferencias en la escucha, transferencia y en la técnica así como en la elaboración de la situación (Gomez, 2021). Esta idea de “mundos superpuestos” una vez ya fuera de la situación pandémica, es posible pensarla como la superposición de un contexto fuertemente atravesado por la digitalidad en las que tanto analistas como analizantes se encuentran inmersos. A su vez al optar por un medio digital para mantener la relación terapéutica, como plantean los autores, esto puede crear problemáticas, pero también crea una posibilidad, la de producir un medio de escucha con la mayoría de las características que implica el consultorio presencial.

Gomez (2021) en su artículo se cuestiona: “¿Abriremos los consultorios a la modalidad presencial? Muchos sostienen que esta modalidad “llegó para quedarse” (p.90). Basado en lo investigado y experimentado hasta el momento, creo que llegó para pensarse, para entender otras cuestiones del habitar lo digital que implican también futuros no tan lejanos donde la digitalidad está cada vez más presente en la vida de los sujetos. Para de esta forma poder adquirirla a nuestra labor, es un nuevo espacio de escucha que posibilita el encuentro, el cual debemos pensarlo como lo que es, otra posibilidad, y no como una alternativa totalizante que suprima el encuentro presencial, sino una vía más desde la cual impartir terapia.

Por lo tanto hay algo que resulta esencial, poder pensar un espacio desde la herramienta que nos brinda internet y la tecnología en sí. Crear algo con el fin de que funcione y sea para hacer terapia, que esté inscripto en esas lógicas. Porque a la hora de impartir un tratamiento mediante la digitalidad aparecen las singularidades propias de lo que se necesita para poder hacer un análisis y las particularidades de la herramienta digital que brinda el canal comunicativo para que el primero se despliegue.

Refiriéndome nuevamente al caso clínico presentado, el medio por el cual se impartió el tratamiento fue whatsapp, la mensajería instantánea de más uso fue el medio de comunicación directo con mi paciente, implicando al usarlo varias cuestiones, las cuales en el comienzo principalmente llevaron a interrogarme. Como la foto de perfil, los estados, el “visto”, el “en línea”, los audios. Pero que finalmente para el despliegue del análisis en sí no fueron un inconveniente, pero sí son detalles que hay que tener presentes y no pasarlos por alto, ya que al utilizar este tipo de medio terminan siendo parte del análisis mismo.

Por lo tanto cuando se opta por determinado medio de comunicación y no otro, se está propiciando a partir de una decisión que refiere a la técnica, el mejor abordaje terapéutico para la singularidad de ese paciente. Por ende ya en ésta elección se está

dando inicio a la configuración del consultorio virtual. El medio elegido posibilitará acordar todo lo que implica el marco externo en sí, acuerdo de días, horas, honorarios y avisos. En el caso de whatsapp, se da la comunicación y a la vez se realiza la videollamada aunque también cabe la posibilidad de enviar links que llevan a otros medios creados propiamente para hacer videollamadas como skype, zoom, google meet, entre otros. Particularmente la aplicación móvil whatsapp tiene la peculiaridad de ser una red social funcionando en estas lógicas, donde se despliegan ciertos fragmentos de lo que en un inicio denomine *realidad psíquica aumentada*, se proyectan y se exponen otras cuestiones que no aparecen en la relación de comunicación que se da en una llamada telefónica por ejemplo, y es algo de lo cual debemos estar advertidos.

En la importancia de elección del medio a utilizar, resulta pertinente abordar el proyecto “Bemypsy” que la Psicoanalista María Fernanda Martínez (2022) creó en Francia años antes de la irrupción de la pandemia. Dicho proyecto se basó en lograr armar una página web que sea exclusivamente para realizar terapias, eliminando por ejemplo estas características de redes sociales de otros medios, o limitaciones de tiempo que tienen varias de las plataformas de este estilo. El objetivo era crear un lugar con todas las características del consultorio pero en el ciberespacio, desde una web donde se pueda brindar con la misma calidad y seguridad teleconsultas psicológicas. En sus palabras:

“Desarrollé una escucha singular a través del espacio virtual y sentí que este espacio podría ser invertido y que una transferencia era posible. Él analizado siempre logró traer su síntoma al espacio analítico incluso sin estar presente, cada época lleva su lote de síntomas y la era digital también.” (M, Martínez, 2022, p.4)

M. Martínez (2022) mencionaba cómo el sujeto tiende naturalmente a posicionarse a la virtualidad, por ser una cualidad propia del mismo. Por lo tanto plantea que era posible poder imaginar algo de esta índole, una página que sea utilizada únicamente para impartir terapia analítica, porque la psicología y el espacio de terapia debía encontrar también su lugar y no quedar por fuera del habitar la digitalidad. Al construir su proyecto, que se mantuvo en construcción durante un año, pensó la manera en que todos los contenidos debían asegurar una rotunda seguridad, lo cual le llevó a trabajar con ingenieros, programadores, abogados, un equipo multidisciplinario desde el cual lograron cubrir los objetivos de crear una plataforma virtual para impartir terapia a todo el mundo. Y es con el impacto de la pandemia que la página contuvo no solo la crisis de los sujetos en búsqueda de análisis sino a los mismos analistas que se encontraban desorientados en el desconocimiento, ya que en su mayoría, toda su vida habían trabajado desde la presencialidad.

Dicho proyecto enmarca la idea de la necesidad inicial de poder crear un espacio desde la técnica y la ética, donde se logre recrear el consultorio y permita también a la disciplina encontrar su lugar en el ciberespacio. M. Martínez (2022) planteaba que “pasamos a otro mundo y en este otro mundo hay mucha inexactitud, no hay perspectiva. (...) Hay un nuevo mundo a definir.” (p.6) Y en esta falta de perspectiva se encuentra lo que se ha planteado anteriormente, “el fantasma de que tengo que estar con alguien en el mismo espacio para que me contenga” (M.Martínez, 2022, p.6). Para ella la creación del Bemypsy fue *esencial, importante e imprescindible*, en la configuración de este nuevo mundo que aún se está definiendo y que tiene que ver con el habitar la digitalidad. El cual lo piensa a futuro y lo conecta con el nuevo internet, el metaverso, ya pensando en una sustitución completa de la virtualidad en la vida del sujeto. M.Martinez (2022) plantea que en estos espacios donde viven los avatares, “en este espacio también el analista tiene que estar. Porque si es justamente el que puede estudiar al sujeto, si no está adentro no va a entender la génesis de ciertos síntomas.” (p.10). En el caso de la realidad aumentada como espacio totalmente virtual, representa el desafío de pensar de qué forma crear un lugar, desde el cual se permita sostener y comprender al sujeto. En un espacio de virtualidad totalizante se observa que el “metaverso es peor, es decir esa imagen no es la mía, ni me miro al espejo, ahí la creé a mi gusto, ese personaje está completamente cautivo en esa virtualidad.” (p.10) Será un espacio interesante desde el cual seguro logremos ver problemáticas de lo humano. (M. Martinez, 2022)

La experiencia que brinda este proyecto así como otras plataformas que han sido creadas con el mismo fin, ponen en evidencia que la creación de un espacio para las teleconsultas es imprescindible y configuran que el poder habilitarse, pensarse y adaptarse en el habitar lo digital posibilita espacios de escucha que antes eran inexistentes. Si bien resulta un desafío el consultorio virtual, representa lo que Baricco (2019) menciona y es que toda posexperiencia en el ciberespacio, necesita de cierta destreza la cual hay que poner a trabajarla y producir en ese devenir que representa lo digital. Una vez logrado un espacio de esta índole, un consultorio virtual, el cual se da tras la maquina de un aparato digital propiciando el canal que se construirá arquitectónicamente en el mundo virtual, se logrará producir una verdadera experiencia analítica. La misma será, en las lógicas del ciberespacio, una co-construcción de las realidades del analista y el analizante. Teniendo que desplegar su formato de construcción en el análisis mismo ya que forma parte de éste, permitiendo así un acuerdo, donde el despliegue del consultorio virtual no logre distanciarse tanto del presencial, posibilitando un tratamiento pertinente y adecuado a través de la virtualidad de principio a fin.

Reflexiones finales:

Tanto la elección como el recorrido de este trabajo tuvieron que ver con un atravesamiento contextual de mi formación. La irrupción de la pandemia modificó todos los esquemas, desde el cómo aprender hasta cómo practicar el psicoanálisis, las clases migraron a la virtualidad y la teleterapia fue el medio por el cual inicié mis prácticas psicoanalíticas. La virtualidad invadió por lo tanto todos los espacios de la cotidianeidad que antes remiten a lo presencial; esto me llevó a interrogarme acerca de mi formación, acerca de la producción de subjetividad que engendraron las lógicas de lo virtual, así como qué implicaba este nuevo medio por el cual me estaba formando como psicóloga y analista. Por lo tanto en el devenir que implicaba mi formación busqué problematizar e interrogar la digitalidad de la cual soy parte, no solo por la generación a la que pertenezco sino además porque ha sido el modo por el cual tuve que formarme profesionalmente.

La problematización de la temática llevó en primer lugar a la premisa principal, lo virtual no remite solamente a lo digital/tecnológico sino que por el contrario y debido a la forma en la que es entendido el sujeto desde el psicoanálisis, éste es poseedor de virtualidad y la misma lo constituye. Una vez abordada dicha premisa, se modifica completamente cualquier idea acerca de que la virtualidad ha impactado en lo humano con el incremento de la tecnología y ha sido éste quien tuvo que adaptarla a su vida, sino por el contrario, el sujeto de la era digital la ha deseado y creado para su uso, proyectando parte de su realidad psíquica en el “otro mundo” del ciberespacio. Será a partir de este deseo que la revolución digital se ha propagado en la cotidianeidad de la vida de todos nosotros, convirtiendo a los aparatos tecnológicos en prótesis de lo humano, que posibilitan el habitar la digitalidad desde muchas áreas de la vida del sujeto, incluso llegando al espacio del psicoanálisis.

Y es aquí en donde se abre un terreno a explorar, la posibilidad de hacer una clínica psicoanalítica virtual. En lo que corresponde a lo investigado y desarrollado a lo largo de todo el ensayo, podemos atestiguar que es completamente posible el despliegue del quehacer analítico a través de la red, el mismo se encuentra garantizado desde las múltiples experiencias presentadas así como con el respaldo teórico que el propio psicoanálisis brinda, donde la virtualidad como tal no solo es parte de lo humano sino que además el propio dispositivo analítico se produce siempre de manera virtual, el lenguaje en el análisis es virtual, la palabra en sí conlleva a una realidad inmaterial. Por lo tanto lo que aún queda como interrogante no es si es posible hacer una clínica virtual, sino qué ocurre con las producciones subjetivas y simbólicas que se dan en la conjunción de los dos

mundos, el de la realidad material y el del ciberespacio, cuando producimos experiencia analítica.

Más aún debemos tomar en consideración que en uno de los futuros posibles y no muy lejano, encontramos algo más complejo que la red del ciberespacio, el universo de ficción llamado, metaverso. El mismo representa la sustitución completa de la vida como la conocemos por la experiencia virtual totalizante, aquí ya no nos vamos a mirar en el espejo de las pantallas siquiera, aquí crearemos nuestro ideal del yo en una captura narcisista continua. En este plano nos remitimos a una situación aún más intrincada que supone interrogantes cómo: ¿Será posible una sustitución completa por lo virtual? ¿El sujeto se despoja de la necesidad del otro real? ¿Qué tipo de lazo social implica esta ficción? Estas preguntas orientarán un posible camino a seguir, el cual representará no solo pensar a una clínica virtual sino a un sujeto preso de la virtualidad que lo habita.

La digitalidad como deseo humano ha sido siempre una herramienta que permite la creación de mundos posibles, los cuales hemos producido a la vez que nos producen en un devenir de lo que somos como sociedad. Nuestro quehacer como analistas además de acompañar y sostener al sujeto en sus padecimientos y síntomas, supone la posibilidad de seguir comprendiendo y desarrollando nuevas cuestiones en la evolución de la humanidad. Por lo tanto pensar al sujeto en el habitar la digitalidad así como nuestra labor en esta revolución, resulta esencial para seguir sosteniendo una clínica actual, crítica y transformadora.

Referencias bibliográficas:

Baricco, A. (2019). The game. Buenos Aires: Anagrama.

Biosca, A. (2009) "Mil años de virtualidad: origen y evolución de un concepto contemporáneo", Eikasia. Revista de Filosofía, 28.

Freud, S. (1912) Consejos al médico. Tomo XII. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. 1990. P 112

Freud, S. (1984). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1914)

Gómez, A. (2021). ¿ El consultorio virtual llegó para quedarse?. BORDES, (19), 85-92.

Lacan, J. (1948). La agresividad en psicoanálisis. Escritos I, 107-127.

Lacan, J. (1954). Seminario 1 Los escritos técnicos de Freud. Balint, 2, 6-54.

Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder.

Lacan, J. (1960). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano.

Lacan, J. (1966). El Estadio del espejo como formador de la función del yo (je)(1949). Escritos I, Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (1972). Libro 19,... o peor. El Seminario de Jacques Lacan. Buenos Aires: editorial Paidós.

Lacan, J. (1974) Clase del 10 de diciembre de 1974. El seminario 22. RSI. Inédito.

Lacan, J. (1981). Seminario de Jacques Lacan: libro 1: Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954. Paidós.

Lacan, J. (1981). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Escritos 1.

Lacan, J. (1987). Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Bs. As.

Lacan, J. (2006). Seminario 10. La Angustia (1962-1963).

Lacan, J. (2010): El Seminario V. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (2015): El Seminario VI. El deseo y su interpretación. Buenos Aires: Paidós

Lévy, P. (2001). ¿Qué es lo virtual?. Revista iberoamericana de Educación a distancia, 4, 167-170.

Mannoni, M. (1986). Un saber que no se sabe: La experiencia analítica. Gedisa.

Martinez, J. (2022) [Entrevista Manejo de redes y psicoanálisis por internet en marco del trabajo final de grado]. Recuperado de:

<https://drive.google.com/file/d/1iNxxLT65bfw8d1xx5HIJHx0gpyYbbTmw/view?usp=sharing>

Martinez, M. (2022) [Entrevista psicoanálisis por internet en marco del trabajo final de grado]. Recuperado de:

https://drive.google.com/file/d/16MMhL9RJ861jmx7hSenMaz6_Do6caa6g/view?usp=sharing